

Rodilla León, María José

*Constantinopla y Tenochtitlán. Cruce de miradas
medinenses*

Letras N° 59 - 60, 2009

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Rodilla León, María J. "Constantinopla y Tenochtitlán : cruce de miradas medinenses" [en línea]. *Letras*, 59-60 (2009). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/constantinopla-tenochtitlan-cruce-miradas.pdf>

[Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Constantinopla y Tenochtitlán. Cruce de miradas medinenses

María José RODILLA LEÓN

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa
México - DF

Resumen: *La crítica ha abundado sobre la influencia caballerescas en las crónicas de Indias y, concretamente, de la Historia verdadera de Bernal Díaz hay varios trabajos al respecto. Sabemos que Bernal fue un gran admirador de su paisano Rodríguez de Montalvo, y no lo fue menos de su obra, explícita en varios lugares de la Historia. No me dedicaré al multicitado y ya clásico pasaje de la visión de las ciudades lacustres desde Iztapalapa, cuyo recuerdo emocionaba en la vejez a Bernal y continúa emocionando a los lectores. Haré, en cambio, una más de las posibles calas en las obras de los dos medinenses: la acogida y recepción de Amadís al entrar en Constantinopla parecen dar la pauta para la descripción de Bernal sobre la entrada de Cortés y los demás conquistadores a la gran Tenochtitlán. Constantinopla es la ciudad anhelada, el reino soñado por todo caballero; Tenochtitlán es igualmente la cabeza del imperio azteca, deseado por los conquistadores. Amadís de Gaula, norte y guía de la caballería andante lo es también del soldado Bernal, quien, al escribir su Historia, recordaba continuamente sus hazañas. Analizaré el pasaje de la triunfal entrada de Amadís en Constantinopla, después de vencer al Endriago, y haré una comparación con la de Cortés a Tenochtitlán, cuyas coincidencias temáticas y discursivas me permitirán seguir un esquema que se repite en ambas obras: El camino y sus avatares, el alojamiento cerca de la ciudad, la comitiva de recepción, el encuentro del caballero y el emperador, las ceremonias gestuales, etc.*

Palabras claves: Bernal Díaz del Castillo - Amadís de Gaula - Constantinopla

Abstract: *Criticism has abundantly pointed out the chivalry influence on the Indian chronicles, and specifically on the True History of the New Spain's Conquest by Bernal Díaz, in several studies. We know that Bernal greatly admired his fellow countryman Rodríguez de Montalvo and his work as well, admiration that he makes explicit in many places of his True History. I will not focus on the multi-quoted and classical passage of the view of the lake cities from Iztapalapa, which remembrance moved old Bernal and continues moving readers today. I will do, instead, one more of the possible forays into the works of these two fellow countrymen: the welcoming and reception of Amadís as he enters Constantinople, which seems a model to Bernal's description of the entrance of Cortés and the other conquerors in the great Tenochtitlán. Constantinople is the yearned city, the dreamt realm of every knight; Tenochtitlán is likely the head of the Aztec Empire, craved by the conquerors. Amadís de Gaula, North and guide of the chivalry, is the North and guide of soldier*

Bernal as well, whom, while writing his History, remembered constantly his deeds. I will analyse the passage of the triumphant entrance of Amadís in Constantinople, after beating the Endriago, and I will compare it with the entrance of Cortés in Tenochtitlán. Its thematic and discursive coincidences will allow me to follow a scheme that repeats itself in both works: the road and its shifts, the lodging near the city, the reception embassy, the encounter between the knight and the emperor, the gestural ceremonies, etc..

Key words: *Bernal Díaz del Castillo - Amadís de Gaula - Constantinople*

La crítica ha repetido hasta el cansancio la influencia caballeresca en las crónicas de Indias que tratan sobre la conquista de América y, concretamente, de la *Historia verdadera* de Bernal Díaz hay algunos trabajos que han abundado en varios temas al respecto¹. Y es que hay tantas afinidades, que habría aún mucha tela de donde cortar: el código del honor, el mundo de las armas y las usanzas guerreras, las arengas, la heroicidad y el espíritu caballeresco, incluso los *mirabilia*, propios de ese género, salpican su crónica en forma de acontecimientos naturales, profecías, magia, la geografía maravillosa, como las “islas o baía que llaman la California” (DÍAZ, *Historia*: 752), y, sobre todo, lo sobrenatural: los milagros y apariciones de la Virgen y de Santiago en las batallas (WECKMANN, “El espíritu”: 301-304).

Sabemos que Bernal Díaz del Castillo fue un gran admirador de su paisano Garcí Rodríguez de Montalvo, los dos de “la muy noble e insigne y muy nombrada villa Medina del Campo”, famosa por sus ferias; e hijos ambos de regidores de la misma, y Garcí Rodríguez regidor él mismo. No fue menos la admiración por su obra, explícita en varios lugares de la *Historia Verdadera*. Son conocidos los momentos en que los conquistadores sienten que han llegado a probar ventura, a defender a los débiles contra los poderosos mexicanos, “a quitar aquellos robos e agrabios que les azen” (DÍAZ, *Historia*: 375); recitan romances carolingios y crean otros nuevos de sus propias victorias y derrotas; evocan a los caballeros de la Antigüedad como paradigma de virtudes, sobre todo, abundan las comparaciones con Alejandro Magno y Héctor el Troyano, como cuando le pidieron a Cortés, antes de embarrancar los navíos, “que mirase en todas las historias, así de romanos como las de Alexandre” (DÍAZ, *Historia*: 167); en otra ocasión, Bernal enaltece a los enemigos afirmando que los mexicanos eran tan fuertes que no bastaban a vencerles “diez mill Étores troyanos y otros tantos Roldanes” (DÍAZ, *Historia*: 343); del capitán Cristóbal de Olí, el mismo emperador decía que “hera un Étor en esfuerço para combatir persona por persona” (DÍAZ, *Historia*: 777); y que Cortés es tan digno de loores que así “como “los romanos davan trunfos a Ponpeyo y a Julio Çésar y a los Çipiones” (DÍAZ, *Historia*: 368), así debería ser reconocido en España por ganar la Nueva España.

¹ Entre otros más, el de Stephen Gilman, “Bernal Díaz del Castillo and *Amadís de Gaula*”, en *Homenaje a Dámaso Alonso*, Madrid, Gredos, 1961, t. I, pp. 99-114. El de Bernard Grunberg, “El universo de los conquistadores en la *Historia verdadera de Bernal Díaz del Castillo*”, *Revista de Indias*, Madrid, enero-diciembre, año XXXIX, 1979, núms. 155-158, pp.105-158. El de Mario Hernández y Sánchez-Barba, “La influencia de los libros de caballerías sobre el conquistador”, en *Estudios Americanos*, XIX (1960), pp. 235-256. Y, sobre todo, el clásico libro de Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, FCE, 1959.

Es famoso también y multicitado el ya clásico pasaje de la visión de las ciudades lacustres desde Iztapalapa, cuyo recuerdo emocionaba aún en la vejez a Bernal y su lectura continúa emocionando a los lectores.

De la admiración a la socarronería, el espíritu de Amadís decae a veces en su ánimo y está presente en sus comentarios quejosos sobre las guerras mexicanas, o cuando bautiza a Pedro de Ircio, “Agrajes sin obras”. Otras veces, se refiere al estilo y a la prolijidad con que se cuentan las batallas que sería “cosa para nunca acabar, y parescería a los libros de Amadís o cavallerías” (DÍAZ, *Historia*: 475), recurso, por otro lado, muy usado también por el narrador de *Amadís*, que manifiesta constantemente su voluntad de abreviar y “de no alargar el relato con hechos innecesarios”, así como para introducir un nuevo tema, como bien lo ha visto Cacho Blecua (Introducción: 105). Pero yo también debo evitar prolijidad y no citar más puntos de contacto entre ambas obras, que no son sino pequeños homenajes dispersos al libro de cabecera de los conquistadores, *Amadís de Gaula*.

Voy a dedicarme, en cambio, a una más de las múltiples calas que pueden hacerse en las dos magníficas obras de los medinenses: la acogida de Amadís al entrar en Constantinopla y la recepción que le hace su emperador parecen dar la pauta para la descripción que hace Bernal de la entrada de Cortés y los demás conquistadores a la gran Tenochtitlán y su recepción por el emperador Moctezuma.

Como ha estudiado Stegagno Picchio (“Fortuna”: 99-103), la corte de Constantinopla y el imperio de Oriente es un topos literario necesario en los libros caballerescos. Desde Chrétien de Troyes y su obra *Cligés* hasta las obras renacentistas españolas, varios han sido los caballeros coronados emperadores de Constantinopla: Partinoples, Tirante, Esplandián, Palmerín de Olivia, Primaleón y Claribalte. Desde la época de las Cruzadas hasta la de los Reyes Católicos, pilares básicos de la alternativa católica contra el turco (STEGAGNO, “Fortuna”: 115), pasando por los viajeros y los peregrinos medievales, en cuyas obras se manifiesta como una gran ciudad, llena de lujo, riquezas y reliquias, Constantinopla ha gozado literariamente de un gran prestigio, como lugar estratégico para extender las tierras de la cristiandad, y por ser una escala importante hacia la Tierra Santa. Es la sede del imperio oriental, espléndida, grandiosa, deslumbrante y sin rival, cuya potencia es reconocida por Occidente. Constantinopla es la ciudad anhelada, el reino soñado por todo caballero, aunque en el caso de Amadís, sólo esté sentando las bases para su hijo Esplandián. A ella se desplazan los caballeros tanto de *Las Sergas* como del *Tirant* para incorporar “nuevos territorios a la Cristiandad. Implícitamente, la cruzada de Esplandián revela una voluntad expansionista” (SALES, “Garci-Rodríguez”: 153). Este mismo espíritu guía a los conquistadores: anexar nuevos territorios para el rey y extender la fe entre los infieles. Como Constantinopla, Tenochtitlán es igualmente la cabecera del imperio azteca, deseada por los conquistadores, y la meta final de un largo camino de batallas, aliados, traiciones y arduas fatigas. Todo viaje de conquista y exploración persigue una dominación del espacio. Conocer y saber es poder. Y este viaje de

Cortés se inscribe en lo que llama Le Goff “la geografía del deseo”, agresiva y conquistadora, ávida de conocer el espacio (ZUMTHOR, *La medida*: 231).

En contra del temerario juicio de Menéndez Pelayo de que nunca las “disparatadas ficciones” de la caballería “sirvieron de estímulo a los españoles del siglo XVI para arrojarse a inauditas empresas” (MENÉNDEZ PELAYO, *Orígenes*: CCXCII), concuerdo más bien con Rodríguez Prampolini en que “la novela caballeresca será la expresión simbólica del destino de España” (*Amadises*: 66) y que Amadís de Gaula, norte y guía de la caballería andante, lo es también del soldado Bernal, quien, al escribir su *Historia verdadera*, estaba recordando continuamente sus hazañas; y para sostener tal afirmación, me remitiré, concretamente, a un solo pasaje: el de la triunfal entrada de Amadís, bajo los sobrenombres del Caballero de la Verde Espada o del Enano, en Constantinopla, después de haber vencido al Endriago; y haré una comparación con la entrada de Cortés a Tenochtitlán, siguiendo los pasos cronológicamente y las coincidencias en ambas obras.

La aventura

Tanto Amadís como Cortés se sienten en sus aventuras cumplidores de una misión divina. Amadís es el caballero predestinado para matar al endriago, propagador del mal, y los conquistadores son continuamente importunados en su camino a Tenochtitlan por los vasallos de Moctezuma con quejas de las injusticias de las que son víctimas: robos, hijas forzadas, tierras arrebatadas, esclavitud y explotación. Los españoles, imbuidos por un profundo sentido religioso y tocados por la gracia divina desharán todos los agravios y erradicarán el mal a su paso por las tierras del imperio, destruyendo sus ídolos y evitando los sacrificios humanos. El Endriago y los ídolos aztecas cumplen, en este sentido, la misma función, y Cortés, como Amadís, saben que están protegidos con la ayuda de Dios y que la victoria vendrá por la justicia divina. Vencer al endriago o tumbar los bultos o ídolos no son más que batallas libradas contra el demonio. La contemplación de la criatura monstruosa produce un gran espanto en los acompañantes de Amadís, su descripción coincide en muchos aspectos con las de Huichilobos, el dios de la guerra, y Tezcatlipoca, el dios de los infiernos. El endriago es una “bestia desemejada y temerosa”, los ídolos tienen “ojos disformes y espantables”; el humo y el fuego que echa por la boca la criatura con la que lucha Amadís evocan el ambiente infernal, al igual que el humo del copal que se eleva desde el brasero donde bullen los tres corazones de los indios sacrificados a los dioses aztecas; el fuerte olor que despiden el endriago muerto, que obliga al maestro Elisabad a fabricar “buxetas” para las narices, es tan terrible como el hedor de las paredes con “tantas costras de sangre y el suelo todo bañado dello” más fuerte que el de los mataderos de Castilla, que padece Bernal; el diablo que sale por la boca del endriago provoca un gran tronido que espanta a los que están encerrados esperando el desenlace de la batalla; los conquistadores también experimentan con horror los sonidos tristes del “estrumento de los infiernos”: el tambor, hecho de cueros de serpientes, y las “bozinas y tronpetillas” cada vez que llevan a sacrificar a alguien. Los dos medinenses recrean

el mundo infernal y el horror que provoca entre los presentes se vivifica y repercute en las mismas tres formas sensitivas: el olfato, la vista y el oído.

De la victoria contra el mal, queda memoria, también en ambos casos:

en *Amadís*, se esculpe una estatua que conmemora la batalla y se construye: “un monasterio en que vivan frailes religiosos que tornen a reformar aquella ínsola en el servicio de Dios”. (*Amadís*, 1154)

Cortés le pide a Moctezuma “que en lo alto desta torre pongamos una cruz, e en una parte destes adoratorios donde están vuestros Uichilobos e Tezcatepuca haremos un apartado donde pongamos una imagen de Nuestra Señora”. (*Historia*, 239)

El camino

El emperador de Constantinopla recibe la noticia de la muerte del Endriago por boca de su sobrino Gastiles, a quien manda junto a una comitiva con unas fustas para que traigan y honren a Amadís; se alojan todos en un castillo, donde descansan de sus fatigas y están tres días a su placer en una huerta hermosa. Aunque en el caso de Cortés no se trate de una entrada triunfal, más bien las noticias de su llegada a las proximidades de Tenochtitlán no son muy bien acogidas por el emperador azteca, y manda mensajeros para disuadirlos de avanzar en varias etapas de su camino; sin embargo, Moctezuma envía también a su sobrino Cacamatzin, con otros señores a hacerle gran acato a Cortés y los suyos; se alojan en la “çibdad de Istapalapa” en unos palacios grandes y bien labrados, con madera de cedro, donde les hicieron mucha honra, y descansan y se recrean también en una huerta con diversidad de árboles y andenes llenos de rosas, frutales, y estanques.

En los dos recibimientos a Amadís y a Cortés, hay una invitación de parte de los sobrinos de los dos emperadores y una respuesta humilde de caballero y conquistador:

“Gastiles le dixo:
—Buen señor, el Emperador mi tío os desea ver, y por nos os ruega que a él vayáis porque os mande fazer aquella honra que él es obligado [...]
—Mi señor —dixo el Caballero del Enano—, yo faré lo que el Emperador manda, que mi desseo es de le ver y servir cuanto puede alcançar un pobre caballero extraño como lo yo soy”. (*Amadís*, 1155)

“Y el Cacamaçi le dixo:
“Malinche, aquí venimos yo y estos señores a te servir e hazerte dar todo lo que huvieres menester para ti y tus compañeros, y meteros en vuestras casas, qu'es nuestra çibdad; porque así nos es mandado por nuestro señor, el gran Montezuma” [...]
Cortés les dixo que se lo tenían en merçed, e que cuándo pagaría al señor Montezuma las merçedes que cada día nos hace.” (*Historia*, 218)

La recepción

A las puertas de la ciudad, en ambas obras, sale una comitiva de parte del emperador para recibir a los recién llegados. A Amadís le envían “unas bestias en que cavalgassen” y a Cortés, “un presente de oro y mantas”. Caballero y conquistador son debidamente acompañados en su entrada a la ciudad y se recalca la muchedumbre que participa de la recepción: en Constantinopla se asoman a las “finiestras” para ver al Caballero de la Verde Espada” y en Tenochtitlán estaban llenas las calzadas de gente. Los narradores de ambas obras reparan en la admiración que sienten los personajes en la contemplación de la gran ciudad y las multitudes que salen a recibirlos:

“El de la Verde Espada iba mirando aquella gran ciudad y las cosas estrañas y maravillosas que en ella vía, y tantas gentes que lo salían a ver”.
(*Amadís*, 1158)

“Toda iba llena de aquellas gentes que no cabían [...] Y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos qué nos decir, o si era verdad lo que delante parecía; que por una parte, en tierra, avía grandes çibdades, y en la laguna otras muchas, e víamoslo todo lleno de canoas, y en la calçada muchas puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran çibdad de México”.
(*Historia*, 220)

El encuentro del Caballero y el Emperador

Los emperadores salen al encuentro de caballero y conquistador, y los medinenses se fijan en los atuendos de los emperadores y de las comitivas respectivas. Montalvo fija la escena apenas con dos adjetivos: ricos y ataviados que luego repite en el adverbio: ricamente y en el participio: ataviados. Bernal, aunque conserva los mismos elementos de la escena y usa los mismos adjetivos, se deslumbra y explaya con la argentería, las plumas verdes e incluso detalla las cotaras de suelas de oro que calzaba Moctezuma, además del acato que le hacían todos sus súbditos:

“Pues salidos de la mar, cabalgando en aquellos ricos y ataviados palafrenes que los traxeron, se fueron al Emperador, que ya contra ellos venía muy acompañado de grandes hombres y muy ricamente ataviados”. (*Amadís*, 1158)

“Se apeó el gran Monteçuma de las andas; y traían le de braço aquellos grandes caciques, debajo de un palio muy riquísimo a maravilla [...] Y el gran Monteçuma venía muy ricamente ataviado según su usança [...] E los quatro señores que le traían de braço venían con rica manera de vestidos a su usança”. (*Historia*, 221)

Caballero y conquistador descabalgan ante el emperador y tratan de hacer el acatamiento debido con rituales y gestos semejantes y en ambas ocasiones no se los permiten: en una, el emperador de Constantinopla no acepta que Amadís le bese la manos y lo abraza en señal de honra a tan gran caballero; y en la otra, son los propios acompañantes de Moctezuma los que impiden el abrazo de Cortés al emperador porque lo tienen por menosprecio; los parlamentos de bienvenida y respeto consecuentes cierran estos encuentros:

“Y apartándose todos, llegó el Caballero de la Verde Espada, y quiso aprear para le besar las manos. Mas el Emperador, cuando esto vio, no gelo consintió; antes, se fue para él y lo tobo abraçado, mostrándole muy gran amor”[...] El Caballero del Enano le dixo:

—Señor, a las cosas que tienen medida puede hombre satisfacer, pero no a esta que por su gran virtud en tanto loor me ha puesto; y por esto, señor, quedará para que esta mi persona hasta la muerte le sirva en aquellas cosas que me mandare”.
(*Amadís*, 1158)

“E como Cortés vio y entendió e le dixeron que venía el gran Monteçuma, se apeó del cavallo; y desde que llegó çerca de Monteçuma, a una se hicieron grandes acatos. El Monteçuma le dio el bienvenido, e nuestro Cortés le respondió con doña Marina qu’él fuese el muy bien estado [...] le iba abraçar, y aquellos grandes señores que ivan con el Monteçuma detuvieron el braço a Cortés, que no le abraçase, porque lo tenían por menospreçio” [...] Y luego Cortés, con la lengua doña Marina, le dixo que holgava agora su coraçón en aver visto un tan gran príncipe, y que le tenía en gran merced la venida de su persona a le reçebir y las mercedes que le haze a la continua”.

(*Historia*, 221)

Estas ceremonias de sumisión a un poderoso, ya sean abrazos, besamanos, incluso besapiés y beso en la boca, cambian según las costumbres de cada país, pero llegan a convertirse en un tópico caballeresco, que se inscribe en los códigos de comportamiento cortesés; veamos otros más: uno de *El Caballero Zifar*, cuando van a darle la bienvenida a Roboán en las Ynsolas Dotadas; otro del *Tirant*, cuando lo recibe el emperador de Constantinopla y una parodia del tópico en *El Quijote*, cuando Sancho se arrodilla ante las tres aldeanas en el episodio de la Dulcinea encantada y en el acatamiento a la duquesa cuando va de caza:

“E el infante yendo con las doncellas en este solaz, la vna a la parte diestra e la otra a la parte siniestra, vieron venir muy grand caualleria e muy bien guarnida, con aquellos dos reys que las donzelas auien dicho al infante. E deque llegaron a el los reys, descaualgaron e fueron le besar los pies, que asy era costumbre de la tierra. E el infante non gelos queria dar, fasta que le dixieron las doncellas que non los estrañase, ca a fazer lo auie de todo en rodo. E desy caualgaron e tomaron al infante en medio, e fueronse a la çibdad donde estaua la enperadriz [...] E quando el infante entro por el palaçio do estaua la enperadriz, fueron a el los reyes e fincaron los ynojos antel e besaronle los pies. E quando lleigo el ynfante a la enperadriz. Quiso le besar las manos, e ella non gelas quiso dar, ante lo fue tomar por la mano e fuelo a posar cabe ella, ca asy lo auien por costunbre”. (*Zifar*, 413)

“Quando Tirante le vio (al Emperador) hincó la rodilla en tierra e todos los suyos, y quando llegaron al medio del cadahalso hizieron otra reverencia; quando llegaron a los pies del Emperador hincó las rodillas e quísole besar el pie, mas el valeroso señor no se lo consintió y besóle la mano. El Emperador le besó en la boca” (*Tirant*, 289)

“(Sancho) se adelantó a recibir a las tres aldeanas, y apeándose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:

—Reina y princesa y duquesa de la hermosura...” (*Quijote*, II, X, 648)

—“Corre, hijo Sancho, y di a aquella señora del palafrén y el azor que yo, el Caballero de los Leones, besa las manos a su gran fermosura, y que si su grandeza me da licencia, se las iré a besar, y a servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare [...]. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba; y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo:

—Hermosa señora, aquel Caballero que allí se parece [...] envía por mí a decir a vuestra grandeza sea servida de darle licencia [...] de servir a vuestra encumbra da altanería [...]. Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió a Rocinante, y con gentil denuedo fue a besar las manos a la duquesa. (*Quijote*, II, 30, 811)

Hemos visto que Bernal repite los esquemas de su paisano, los parlamentos son semejantes, aunque Montalvo describe los lugares, el recibimiento y el encuentro con el emperador de manera más escueta, como si sólo quisiera dejar las cosas sugeridas y continuar adelante en aras de la profusión de aventuras; Bernal, en cambio, se recrea y da vuelo a su pluma reparando en todos los detalles, acaso porque fue testigo de vista y no quiere dejar nada fuera de su historia, y por una voluntad de autoría y de presentar los hechos con la máxima veracidad, que fundamenta con el recuerdo de todo el pasado sin

un proceso de selección. Quiere contarle todo para acercar al lector a la cotidianidad que él vivió años atrás. Bernal respeta la tradición literaria caballeresca y todos sus códigos de comportamiento los utiliza para vestir la realidad de las nuevas tierras; es decir, su mirada ficcionaliza, en muchas ocasiones, la realidad y la adapta al molde caballeresco, que es el auténtico soporte de su composición narrativa, aunque no podamos adscribir su *Historia* totalmente a la literatura caballeresca, sí se puede afirmar que discurrió por sus cauces tanto estructural como temáticamente.

Bibliografía

- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Manuscrito Guatemala), ed. crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, México, El Colegio de México-UNAM-DAAD (Servicio Alemán de Intercambio Académico)-Agencia Española de Cooperación Internacional, 2005.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Orígenes de la novela*, Madrid, NBAE, Tomo I.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci, *Amadís de Gaula*, introd. de Juan Manuel Cacho Blecua, 2ª ed., 2 t., Madrid, Cátedra, 1991.
- RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, Ida, *Amadises de América. La bazaña de Indias como empresa caballeresca*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1948.
- SALES DASÍ, Emilio J., “Garcí-Rodríguez de Montalvo, regidor de la noble villa de Medina del Campo” *Revista de Filología Española*, LXXIX, 1999.
- STEGAGNO PICCHIO, Luciana, “Fortuna Iberica di un topos letterario: la corte di Constantinopoli dal *Cligès* al *Palmerín de Olivia*”, en *Studi sul Palmerín de Olivia*, III, Saggi e Ricerche, Pisa, 1966, pp. 99-136.
- WECKMANN, Luis, “El espíritu caballeresco y el sentido de lo maravilloso en Bernal Díaz del Castillo”, en *Estudios críticos*, 3er tomo del Códice autógrafo de 1568 de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* escrita por Bernal Díaz del Castillo, México, Gobierno del Estado de Chiapas/ Miguel Ángel Porrúa, 1992.
- ZUMTHOR, Paul, *La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media*, trad. de Alicia Martorell, Madrid, Cátedra, 1994.